

EL RESPLANDOR DEL ACERO.

1

Thengel creía que la mujer estaba muerta, hasta que ella abrió los ojos y le miró.

Se hallaba tirada en el suelo, inmóvil, apenas cubierta con harapos de un color indefinido. Tenía la piel llena de pústulas, se la había caído gran parte del pelo, y estaba tan delgada que parecía un esqueleto. Thengel estaba a punto de ordenar a sus guardias que retirasen el cadáver de la calle cuando la desdichada, reaccionando al escuchar el tintineo metálico de las armas, había abierto los ojos. Miró a los hombres con gesto suplicante.

—Ayuda, por favor —suplicó con voz débil—. Me muero de hambre...

Thengel, horrorizado y conmovido, se dio cuenta al oír su voz de que aquella mujer a la que había tomado por una anciana, con aquellas guedejas de pelo quebradizo cubriendo su frente y la piel colgando flácida sobre los huesos, no tenía más de veinticinco o treinta años.

—Lo siento —se oyó balbucear—. No tengo dinero...

La mujer comenzó a sollozar con los ojos secos.

—¡Ayudadme, mi señor, por favor! ¡No tengo nada de comer, mi familia ha muerto! ¡Mis hijos...! ¡Ayudadme!

Thengel apretó los puños. Rebuscó en las alforjas de su caballo y encontró un pedazo de queso duro que había sobrado de su almuerzo de mediodía. Se lo tendió a la mujer.

—Es todo lo que tengo... —empezó a decir.

Ella no pareció escucharle. Le arrebató el queso con sus manos engarfiadas y comenzó a darle dentelladas como un animal famélico. Thengel huyó a paso ligero de allí.

—Esto no le va a gustar a vuestro padre, mi señor —comentó uno de los guardias.

Thengel lo miró furibundo.

—Es sólo un maldito trozo de queso. Mi padre no tiene por qué enterarse si ninguno de vosotros se lo menciona.

Aquella mujer no era el primer mendigo que se encontraba ese día en Edoras, y tampoco era el primero al cual no podía socorrer desde que su padre lo había desautorizado a llevar dinero encima. Alguien le había contado que su hijo estaba repartiendo limosnas a los pobres, y desde aquel día le había retirado su asignación y le había dicho que, en lo sucesivo, pediría lo que necesitase directamente al tesorero real.

«Esto no puede seguir así», pensó Thengel, apretando los puños. «No puede.»

Se encaminó al palacio de Meduseld, cuyos tejados, como siempre, brillaban como el oro a la luz del sol. Apenas prestó atención a los guardias que se cuadraron al verle pasar. Encontró a su padre donde sabía que estaría: en la Sala del Consejo, conversando con su Tesorero Real.

La hambruna que estaba asolando el reino de Rohan no parecía haber llegado a palacio. El rey Fengel llevaba una túnica roja bordada con hilo dorado, una capa de lana fina, y un collar de oro macizo cuajado de esmeraldas y rubíes, a juego con la corona.

—Creo que he hallado la solución a los problemas de Su Majestad —decía Freahlaf, el Tesorero, con voz animada—. Si aumentamos los impuestos a vuestro pueblo el próximo año, conseguiremos el dinero que necesitáis para cubrir el fondo del Salón del Trono con un panel de oro. Hay magníficos orfebres...

—Es una locura —le cortó Thengel con brusquedad, penetrado con paso firme en la sala.

El rey y sus acompañantes alzaron la mirada.

—Hijo mío —saludó Fengel con sequedad—, estás de vuelta.

Thengel no tenía tiempo para formalismos.

—Padre, deberíais dar una vuelta por la ciudad. La sequía se está agravando; la gente se muere de hambre. Muchos no tienen ya ni con lo que alimentar a sus hijos; hoy mismo me he encontrado con una mendiga cuya familia entera había muerto por inanición.

Freahlaf sonrió de manera desagradable. Era gordo como un tonel y llevaba la barba rubia recortada como un chivo.

—Vuestra Alteza tiene un corazón tierno, pero peca de ingenuidad —dijo con voz melosa—. La mayor parte de los mendigos mienten y exageran para conseguir limosna.

—Espero que no le hayas dado nada, Thengel —le dijo el rey con voz tensa—. Como bien sabes, nuestro reino atraviesa momentos difíciles. No estamos en situación de desperdiciar bienes con pedigüeños mentirosos.

—Padre, con el debido respeto, esa mujer estaba en los huesos.

—El joven príncipe tiene razón, Majestad —intervino Erthain, uno de los consejeros del rey—. En los últimos meses, no han parado de aumentar las peticiones de ayuda a la Corona. Hemos recibido algunos informes preocupantes.

—No quiero oír una palabra más —le cortó Fengel, alzando la mano—. Los caballos siguen criando en abundancia y vamos a venderlos a Gondor a buen precio. Si las cosas fueran tan mal como pretenden hacerte creer, la ganadería se resentiría. No quiero que volváis a molestarme con este asunto.

«Los caballos sobreviven sólo porque sus criadores los aman tanto que prefieren quedarse sin cenar antes que verlos morir de hambre», pensó Thengel, furioso. «Y porque, a diferencia de los hombres, son capaces de comer paja seca.»

Freahlaf se giró hacia el rey, ignorando por completo al príncipe.

—Como os estaba diciendo, Majestad, puedo conseguir orfebres que harán resplandecer vuestra Sala del Trono de un modo que hasta los antiguos reyes de Gondor envidiarían. Podría ser un panel de oro y plata, decorado con grabados de caballos al galope. Los ojos de los caballos podrían ser rubíes...

Thengel, frustrado, salió de la Sala del Consejo sin despedirse, sintiendo en los labios el amargo sabor de la impotencia. Su padre parecía estar ciego, sordo y mudo ante cualquier cosa que no implicara más oro, joyas y riquezas para el castillo y su tesoro real.

Thengel pasó el resto de la tarde en sus aposentos, taciturno y meditabundo. No deseaba volver a salir a la calle y tener que contemplar de nuevo la desdicha de su pueblo. Pronto quedaría poco del próspero reino que su abuelo Folcwine había legado a su hijo menor, quien jamás debería haber sido rey de no ser porque sus hermanos mayores, Folcred y Fastred, habían muerto en Harondor luchando en defensa de Gondor.

Las sombrías reflexiones del príncipe fueron interrumpidas por tres suaves golpes en su puerta. Thengel se giró y se puso en pie.

—Adelante. ¿Quién llama?

La puerta se abrió para dejar paso a Erthain, el más anciano de los consejeros de Fengel.

—¿Puedo hablar contigo, muchacho? —preguntó— Será un momento.

Thengel sonrió.

—Por supuesto, amigo mío. Ven, siéntate a mi lado.

Erthain había sido casi un segundo padre para él. Desde su niñez, el consejero había sido su mentor, su amigo y su confidente. También era uno de los pocos miembros del Consejo Real con sentido común, y el único que se atrevía a oponerse abiertamente a las decisiones más disparatadas del rey Fengel.

Erthain se aseguró de que la puerta y las ventanas estuvieran bien cerradas antes de sentarse al lado de Thengel.

—Mi príncipe, debo hablarte de un asunto de altísimo secreto e importancia, y por mi vida te pido que lo que se diga aquí hoy no salga de estas habitaciones —al ver que Thengel asentía, continuó—. Me duele tener que decírtelo, pero creo que debo hablar con claridad. La avaricia de tu padre se está tornando en locura.

—Lo sé —dijo Thengel, mirándolo con gravedad.

Erthain volvió a mirar hacia la puerta, como queriendo asegurarse de que nadie escuchaba tras ella.

—La situación se ha vuelto insostenible. El pueblo se muere de hambre y Fengel es tan obtuso que no ve, o no quiere ver, lo que está pasando. No hace caso a ninguno de nuestros informes. Insiste en que esta es una situación pasajera, que la Corona necesita los impuestos, que los campesinos exageran su mala situación para no tener que pagar. Nada de lo que le hemos dicho le ha hecho cambiar de opinión.

—Lo comprendo, Erthain. Pero, ¿qué puedo hacer yo? Mi padre tampoco me escucha a mí. ¿Acaso tienes algún plan?

—Lo tengo —respondió Erthain, con un suspiro—. Pero implica algo que el rey Fengel, sin duda, verá como una traición descomunal. Algunos miembros del Consejo nos hemos reunido en privado y hemos decidido... bueno... que si el rey no es capaz de ayudar a sus propios súbditos, tendremos que hacerlo nosotros. Alimentando a la gente con parte de las reservas del Tesoro Real.

Thengel reflexionó. Gran parte de los bienes que se recaudaban para la Corona eran en especie: grano, barriles de carne curada, quesos y demás vituallas que los campesinos solían preparar para el invierno. Así cumplían con los impuestos aquellos que eran demasiado pobres para pagar en oro. Pero, ¿robar al rey? Fengel había llegado al extremo de arrebatarle su asignación personal para que no pudiera dar limosna a nadie más. Si se enteraba de que los consejeros estaban sustrayendo bienes del Tesoro Real...

—Sé que es una decisión grave —continuó Erthain—. Y no te lo pediría si no hubiera otra opción. Pero para poder coger parte de las reservas sin que se note necesitamos el Sello Real, y a eso sólo puedes tener acceso tú. Thengel, necesitamos tu ayuda.

El príncipe se llevó las manos a la cabeza.

«Hace poco estabas deseando tener entre tus manos algún medio para salvar a tu pueblo. ¿Y ahora que te lo ofrecen, el miedo va a echarte atrás?»

Alzó la mirada, y se vio a sí mismo reflejado en los cristales cerrados del ventanal. Un muchacho alto, casi un hombre, a apenas un mes de cumplir la mayoría de edad. Apretó los labios con determinación.

—¿Quién más está metido en esto?

—Dwinhorf, Halfrad y Deorwine —contestó Erthain—. No nos hemos atrevido a acudir a nadie más.

—De acuerdo —la voz de Thengel había bajado hasta convertirse en un susurro—. Lo haré.

Thengel tenía miedo de mostrarse optimista, pero lo cierto es que las cosas comenzaron a mejorar. Tres días después de la reunión, amparados por la oscuridad de la noche, Erthain y Deorwine salieron de palacio por las puertas de las caballerizas llevando consigo el primer envío. Halfrad y Dwinhorf, aprovechando que tenían parientes en el Folde Este, partieron días más tarde con la excusa de visitarlos, y fueron cargados de alimentos y semillas para repartirlos a lo largo de las aldeas que salpicaban el reino.

Mientras tanto, Thengel vigilaba. A pesar de lo mucho que le aburría, comenzó a asistir regularmente a las reuniones del Consejo Real. No podía quitarse de encima el miedo a que algún día el Tesorero Real o algunos de los consejeros afines al rey comentaran cualquier cosa referente a un descenso irregular en las reservas o lo bienes de propiedad real.

Sin embargo, poco a poco, el miedo fue dejando paso a la simple inquietud. Fengel no parecía darse cuenta de nada. Seguía, como siempre, centrado en el proyecto de erigir un panel dorado que embelleciera el salón del trono. No tardó en aprobar un nuevo impuesto para poder sufragar los gastos que le exigirían los orfebres, a pesar de que las lluvias seguían sin llegar. Thengel no podía pensar en que al rey pudiera ocurrírsele nada peor, pero pronto supo que se equivocaba. Dos semanas después de la aprobación del impuesto, Fengel convocó a toda la Corte en una reunión especial.

Thengel acudió vestido con sus mejores galas, preguntándose qué habría sucedido para que el rey decidiera organizar aquella inesperada reunión. ¿Acaso el rey había averiguado la conspiración de Erthain y los demás consejeros y pretendía acusarlos en público? Pero no, no era posible. Aquello no casaba con la personalidad de Fengel; nunca organizaría una fiesta sólo para anunciar una traición. Tenía que ser otra cosa, pero, ¿qué? ¿Su mayoría de edad? Aunque aún le quedaba una semana para cumplirla...

No tuvo que esperar mucho para averiguarlo. Cuando la Corte estuvo reunida en la Sala del Trono, Fengel se puso en pie.

—Amados súbditos, hoy es un día alegre —dijo, sonriendo con satisfacción—. Os he reunido para anunciar y celebrar con vosotros el compromiso de Helfrid, mi hija mayor. La próxima primavera, contraerá matrimonio con Freahlaf, Tesorero Real y el más fiel de mis nobles vasallos.

El horror y la incredulidad dejaron paralizado a Thengel. Rápidamente, desvió la mirada hacia Helfrid, su hermana, una hermosa doncella de cabellos rubios y talle fino cuyo semblante estaba palideciendo a ojos vista. Algunos aplausos resonaron en la Corte; Thengel los escuchó como sonidos extraños, discordantes. Como en un sueño, sintió cómo sus pies avanzaban hacia el estrado y su voz resonaba en la sala.

—¡No!

Las voces de los nobles y los cortesanos se acallaron de repente. Freahlaf, que hasta entonces lucía en el rostro una sonrisita de suficiencia, le lanzó una mirada furiosa. Fengel clavó los ojos en su hijo con frialdad.

—Thengel, te ordeno que te calles. No tienes nada que decidir en esto. Sólo tu hermana puede opinar, y ya ha dado su consentimiento. ¿No es así, Helfrid? ¿Aceptas a tu futuro esposo?

La blanca piel de Helfrid estaba tan tensa sobre su rostro que la hacía parecer demacrada.

—Sí —susurró—. Lo acepto.

Fengel exhibió una sonrisa tan amplia como forzada.

—No hay más que hablar, entonces. ¡Festejemos todos el compromiso de mi hija! ¡Que se sirva el vino, que empiece el banquete!

Los criados comenzaron a entrar por las puertas de servicio, portando comida y bebida. El ambiente, hasta entonces tenso como las cuerdas de un laúd, se fue relajando a medida que los invitados ocupaban sus asientos y comenzaban a conversar. Thengel, como si estuviera sumido en una pesadilla, sintió las piernas pesadas y torpes mientras avanzaba hacia Helfrid.

—¿Por qué? —preguntó angustiado, cogiéndola de la muñeca— Helfrid, ¿por qué?

Su hermana miró en derredor asegurándose de que no había nadie cerca antes de contestar. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Quería casarme con Erthlef, el hijo de Erthain —susurró—. Estamos enamorados. Padre nos descubrió. Golpeó a Erthlef con su propia mano y le ordenó partir al destierro. D... dijo que si yo trataba de huir con él, o me negaba al enlace que estaba preparando para mí, mandaría soldados tras él para matarle. Me prohibió que se lo contara a nadie...

Thengel la miró con incredulidad.

—¡Padre se ha vuelto loco! ¡Erthain es un noble de Rohan, un miembro eminente del Consejo Real! ¡No puede tratar así a su hijo, no puede.

—Oh, Thengel, ¿es que no lo sabes? —sollozó Helfrid— Todo sucedió anoche, después de que la Guardia Real detuviera a Erthain y se lo llevara. Apenas pude hablar con Erthlef, pero creo que ha sido acusado de robar suministros del Tesoro Real.

El juicio se llevó a cabo dos días más tarde. A Thengel no se le permitió visitar a Erthain ni a Deorwine, que estaban confinados en sendas celdas de los calabozos de Meduseld, aunque por medio de sus conocidos en la Guardia Real pudo averiguar lo que había pasado. Los recaudadores del rey, hombres fieles a Freahlaf, habían encontrado una cantidad inusual de comida en casa de un hombre conocido por su pobreza. Lo habían interrogado con dureza hasta que el hombre, temblando, había confesado que la comida le había sido entregada por uno de los consejeros del rey. Después de eso, los

interrogatorios violentos se sucedieron por toda Edoras hasta que salieron a la luz los nombres de los cuatro benefactores. Halfrad y Dwinhorf consiguieron huir al Folde Este, donde podrían hallar refugio en casa de sus parientes. Erthain y Deorwine no tuvieron tanta suerte, y fueron detenidos de inmediato.

Hasta ese momento, ninguno de ellos había mencionado el nombre de Thengel en sus confesiones.

El día del juicio, el rey Fengel se presentó en la Sala del Trono, vestido por completo de negro a excepción de la cadena y la corona doradas. El interrogatorio fue breve; el rey preguntó a los acusados si confesaban haber cometido el crimen del que se les acusaba, y ninguno de los dos lo negó.

—No fue ningún crimen —dijo Erthain con voz desafiante—. El crimen lo habéis cometido vos, Majestad, al subir los impuestos y hacer acopio de riquezas para vuestro Tesoro mientras vuestro pueblo muere de hambre. ¡Indigno rey el que se cubre de oro mientras su pueblo desfallece en harapos!

Fengel lo atravesó con una ardiente mirada de odio.

—No toleraré más insultos, traidor. Si volvéis a pronunciar una palabra contra mí, haré que os arranquen la lengua. Ahora, por última vez, si queréis salvar vuestra miserable vida, respondedme: ¿cómo lograsteis acceder a mi sello real?

Erthain permaneció en silencio.

—¡Muy bien, pues! —exclamó el rey, lleno de rabia— ¡Por vuestro robo y vuestra traición, os condeno a muerte!

—¡No! —gritó Thengel, desesperado— ¡No, padre! ¡Fui yo quien les dio acceso al sello real! ¡Yo!

—¡Muchacho estúpido! ¡Cállate! —gritó Deorwine, horrorizado.

El rostro de Fengel se demudó por completo. Por un instante, a Thengel le dio la sensación de que su padre, inmóvil y frío como una estatua, se había convertido en piedra. Luego, el rey alzó un dedo tembloroso y le señaló.

—¡Tú... ! Tú... ¿Cómo has podido? ¡Maldito seas, y malditos sean los falsos consejeros y los vasallos traidores que vuelven a los hijos contra sus propios padres! — se giró hacia el capitán de la Guardia Real— ¡Capitán, llevad a esos dos ladrones al patio y decapitadlos de inmediato!

El horror y la ira encendieron el corazón de Thengel, que sin darse tiempo para pensar desenvainó su espada.

—¡No lo permitiré! —gritó.

Corrió hacia donde estaban Erthain y Deorwine, pero los soldados de la Guardia le cortaron el paso con las armas en ristre. Thengel intentó abrirse camino con la espada, pero varios guardias interpusieron ante él sus aceros. Al cabo de varias fintas, el príncipe se dio cuenta de que no intentaban atacarle ni hacerle daño; se limitaban a entorpecerle el paso mientras sus compañeros arrastraban a los dos condenados al patio exterior de Meduseld, donde pudieran ser ejecutados a la vista de todo el mundo. A

través de la puerta abierta, Thengel vio cómo el capitán obligaba a Erthain a arrodillarse y levantaba la espada.

El filo descendió, implacable. Thengel lanzó un grito de horror, con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—¡Y en cuanto a ti! —oyó exclamar a Fengel— ¡Ya no eres hijo mío!

Thengel se giró hacia el rey, mirándolo con furia.

—¡No sois más que un tirano, un idiota que llevará nuestro reino a la ruina! ¡Y no hace falta que me castigéis, puesto que yo mismo me exilio! ¡Jamás volveré a pisar esta casa, ni me quedaré en esta tierra para ver cómo matáis de hambre a mi pueblo!

Dando la espalda al trono, echó a andar a paso ligero hacia una de las puertas laterales de la sala, aquella que conducía hacia las caballerizas; no quería salir por la puerta principal y tener que enfrentarse a la atroz visión de los cuerpos decapitados de sus amigos.

—¡Detenedle! —gritó el rey— ¡Traedlo aquí! ¡Prendedle!

Pero los guardias, reacios a enfrentar a su príncipe, vacilaron el tiempo suficiente como para que Thengel pudiera llegar corriendo a las caballerizas, montar a *Darfeld*, su caballo, y salir al galope del castillo. Dejó Edoras sin mirar atrás.

En las Montañas Blancas hacía frío. Mucho frío.

Cazar había sido más complicado de lo que él suponía. Había salido de castillo montado sobre su caballo, sin dinero y sin comida, portando únicamente sus ropas, su anillo y la espada que llevaba al cinto. Durante los dos primeros días pasó hambre. Luego, fabricó una rudimentaria lanza con la larga rama de un árbol ayudándose con el filo de su espada, y gracias a ella consiguió capturar algunos conejos, liebres y hasta un joven cervatillo. Las cosas mejoraron al llegar a la floresta de Fírien, donde encontró además moras y bayas de otoño en abundancia. No había traído consigo ninguna cantimplora, pero cada vez que pasaban junto a un río, una fuente o un arroyo, hacía detenerse a *Darfeld* y ambos bebían hasta saciarse. Afortunadamente, el viaje no estaba siendo demasiado incómodo, porque los mozos de cuadra de Meduseld sabían que el príncipe solía ir a montar por las tardes y le habían dejado el caballo ensillado.

Sin embargo, ni su habilidad ni su astucia habían podido prepararle contra el frío de las montañas. No tenía más remedio que cruzar el paso que conducía hasta la ciudad de Minas Tirith. Estaba seguro de que Gondor aún recordaría el noble sacrificio de sus dos tíos; allí podría encontrar cobijo frente a la tiranía y crueldad de su padre. El único problema, al parecer, era conseguir llegar hasta allí con vida.

En invierno, el paso solía permanecer impracticable durante semanas cada vez que una tormenta de nieve lo cubría por varios metros. Por fortuna, aún faltaba más de un mes antes de que el otoño diera paso al invierno, pero las nevadas en la montaña comenzaban a ser frecuentes. Thengel se las había arreglado para hacerse con una pequeña provisión de leña antes de dejar el bosque de Drúadan, pero ya se le había terminado. Además, avanzaba lentamente, porque le costaba mucho encontrar refugios en la roca que fueran suficientes para él y para *Darfeld*, y aunque gracias a la nieve no le faltaba el agua, en aquel paraje rocoso era casi imposible encontrar comida. A Thengel le aterraba la posibilidad de despertar una mañana y descubrir que él y el caballo estaban sepultados por la nieve. De ser así, significaría la muerte segura.

Aquella noche no fue diferente a las demás. Tanto el joven príncipe como *Darfeld* se acostaron con el estómago vacío. Thengel encontró un pequeño saliente de roca y se acurrucó junto a su caballo, que por las noches descansaba tendido en el suelo para permitir que su amo y él se dieran calor mutuamente. El príncipe sabía que ya habría muerto de frío de no ser por su fiel montura.

Gondor... ¿cómo sería Gondor? Él nunca lo había visto, y su padre jamás hablaba de aquel lugar. De lo único que estaba seguro era que nunca podría ser como Rohan, con su belleza salvaje, sus anchas praderas y la altiva aridez de sus colinas. Con sus establos y sus caballos, su gente tosca y noble, sus casas de madera y la risa de sus hermanas... Al recordar a la pobre Helfrid, obligada a separarse de Erthlef y a casarse con un hombre al que no amaba, y a la pequeña Helwyn, tan joven que aún no asistía a la corte, con sus mejillas sonrosadas y sus trenzas, a Thengel se le humedecieron los ojos. Sabía que había llegado a la mayoría de edad, que ya era un hombre, un rohirrim, y que los hombres no debían llorar. Pero al recordar su patria perdida, su hogar, a sus amigos asesinados y a sus queridas hermanas, Thengel se sumió en un llanto inconsolable hasta quedarse dormido, y las lágrimas se le helaron en las mejillas.

Al día siguiente, despertó con las primeras luces del alba. Una fina capa de escarcha lo cubría todo, dando la sensación de que las Montañas Blancas brillaban bajo el débil sol otoñal. Thengel se metió varios puñados de nieve en la boca y palmeó con suavidad el flanco de su caballo para hacerlo levantar. *Darfeld* se puso en pie con un relincho.

—Tienes hambre, ¿eh? —le preguntó Thengel en un susurro— Yo también. Ánimo, amigo. Si tenemos suerte, esta noche tú dormirás en un establo calentito y yo en una cama con mantas de lana, a salvo en Minas Tirith.

Creía que se encontraba a una jornada de la ciudad. Prefirió no pensar en lo que sucedería si sus cálculos estaban equivocados o había errado la dirección. Cada vez se encontraban más débiles, y no sabía cuánto tiempo más podrían aguantar antes de desplomarse de pura hambre y agotamiento. El estómago le rugía entre dolorosos calambres.

Durante todo el día, trotaron con suavidad por el camino, que cada vez era menos escarpado. Thengel estaba nervioso y tenso; no deseaba forzar a *Darfeld*, temeroso de hacerle gastar sus últimas energías, pero le aterraba preguntarse qué sucedería si aún estaban en medio de las montañas cuando llegara la noche.

Poco a poco, el sol alcanzó su cénit, y luego el día comenzó a declinar. A pesar de que sólo se había detenido para beber nieve derretida, Thengel comenzó a sentir piedras en el estómago al darse cuenta de que la luz disminuía sin que hubiesen llegado al final del paso. Comenzaban a aparecer pequeños abetos y matorrales a la vera del camino cuando Eärendil apareció en el cielo. Descorazonado, Thengel detuvo al caballo y se dispuso a desmontar.

«No es posible. Teníamos que estar a una jornada de distancia, teníamos que estarlo...»

Fue en ese momento, mientras se preguntaba cómo iba a poder encontrar a esas horas un sitio para descansar, cuando percibió un débil resplandor en el horizonte, oculto tras un pequeño macizo de rocas que afloraba doscientos metros más adelante. Por un momento, se figuró que debía ser el brillo lunar, hasta que cayó en la cuenta de que aquella noche había luna nueva. Una débil llama de esperanza prendió en su corazón. Echó a correr hacia las rocas, seguido por el ligero trotecillo de *Darfeld*. Y al otro lado, como una visión maravillosa y sagrada, descubrió una suave pendiente que descendía hasta el valle. Al fondo, brillantes como las estrellas de Varda, titilaban las luces de la ciudad de Minas Tirith. La alegría ardió en el alma de Thengel.

—¡Vamos, *Darfeld*! —exclamó, montando de nuevo— ¡Ya hemos llegado!

Alcanzaron las puertas de la ciudad justo antes de que las cerraran. Después de que los sorprendidos guardias de la entrada le franqueasen el paso, el joven pidió ser recibido de inmediato por el Senescal.

—A estas horas, el Senescal ya no recibe visitas —le respondió uno de los guardias— ¿Quién eres tú, forastero, que llegas al caer la noche exigiendo ser admitido en su presencia?

Él les mostró el anillo con el emblema de la Casa de Eorl que brillaba en su mano derecha, erguido sobre su caballo.

—Soy Thengel hijo de Fengel, príncipe de Rohan.

Dos guardias escoltaron a Thengel hasta la Ciudadela, mientras otros dos se adelantaban a trote de caballo para informar de su llegada al Senescal. El joven rohirrim no paró de mirar a su alrededor, asombrado, mientras su escolta lo conducía a través de los círculos rumbo a la Torre Blanca. Se sentía fascinado por la majestuosa arquitectura de Minas Tirith; en Rohan nunca había visto nada igual. Las calles eran de piedra, con flores en las ventanas y postigos desde los que se adivinaban las siluetas de jardines interiores. La mayoría de las casas eran blancas, de piedra alba o madera pintada, y aunque la noche tendía ya su manto sobre la ciudad, Thengel aún pudo ver a algunas de las mujeres gondorianas, pálidas, hermosas y extrañas con sus cabellos negros y sus ojos grises, que lo observaron con curiosidad al cruzarse con él.

El castillo de Meduseld era hermoso, sin duda... pero a medida que penetraban en la Ciudadela, Thengel pensó que jamás resistiría comparación con la Torre Blanca de Ecthelion, que se alzaba orgullosa ante él como el último y desafiante gesto de la raza númenóreana. Bodearon un patio amplio, en cuyo centro un árbol raquíco extendía sus ramas nudosas hacia el cielo estrellado. Como casi todas las demás cosas que había visto en aquella ciudad, la madera de aquel árbol era de color blanco.

Poco después, los guardias hicieron pasar a Thengel al interior de la Torre. Al otro lado de las puertas, se extendía un enorme salón del trono, mucho más grande que el de los reyes de Rohan. Pero el trono del rey estaba vacío. Al pie del estrado, en su sitio de piedra, aguardaba un hombre sentado. Tenía el cabello negro, como la mayoría de los gondorianos. La expresión grave, sabia y serena de su rostro trajo a Thengel el doloroso recuerdo de Erthain.

—Bienvenido, Thengel hijo de Fengel —dijo el hombre—. Soy Turgon hijo de Túrin, Senescal de Gondor. ¿Qué es lo que te trae tan inesperadamente a mis dominios?

Thengel, respetuosamente, clavó una rodilla en el suelo.

—Os agradezco la bienvenida, mi señor. Me presento ante vos para rogaros que me concedáis asilo en Minas Tirith, y me honréis aceptando mis servicios en aquello que Gondor me necesite.

El Senescal arqueó las cejas.

—Me sorprendéis. Si la información de la que dispongo no anda errada, vos sois el único hijo varón del rey Fengel, y por consiguiente su heredero. ¿Por qué iba el príncipe de Rohan a pedir asilo en mi casa y ponerse a mi servicio?

—Con vuestra venia, mi señor, no creo que mi padre me considere ya el heredero de mi Casa. Ignoro hasta qué punto estáis al corriente de lo que sucede en Rohan, pero la situación de mi pueblo cada vez es más grave. Mi padre, el rey, es un hombre irreflexivo y codicioso que está asfixiando a impuestos al pueblo a pesar de la gravedad de la sequía y las malas cosechas que han sufrido los campesinos durante estos últimos años. Varios consejeros y yo decidimos tomar medidas para proteger a nuestro pueblo, y con mi sello y autorización se repartieron entre los hambrientos algunas reservas de alimentos que se custodiaban en el Tesoro Real. Pero mi padre nos descubrió e hizo matar a los consejeros. En cuanto a mí, no llegó a comunicarme qué

pensaba hacer conmigo, porque al no poder seguir soportando la injusticia de su actitud yo mismo escogí el exilio. El camino que me ha llevado a Minas Tirith ha sido duro y solitario, y ahora me encuentro sin hogar y sin patria. Por ello solicito de vuestra bondad que, en nombre de la sangre que mis tíos Folcred y Fastred derramaron por vuestro padre, me concedáis asilo y me permitáis servir con honor a vuestro lado, ya que me es imposible continuar junto a mi padre.

Turgon se mantuvo en silencio durante un rato. Cuando Thengel estaba comenzando a temer que el Senescal estaba eligiendo mentalmente la mejor forma de despacharlo de allí, oyó su voz.

—Levantaos, Thengel. No me son desconocidas las nuevas que traéis sobre los problemas de Rohan y la forma en que su rey los está afrontando, aunque si he de seros franco jamás pensé que las cosas llegarían a semejantes extremos. Aunque no deseo indisponerme con Fengel, tampoco querría negar el asilo que habéis venido a pedirme de buena fe. Consideraos, pues, mi invitado en Minas Tirith.

Thengel sonrió.

—Gracias, mi señor.

—¡Vamos, vamos! ¡Atención al juego de pies! ¡Cambio de posición!

Thengel se paseaba entre las filas de reclutas con expresión satisfecha al tiempo que gritaba recomendaciones. Le enorgullecía ver cómo aquellos muchachos, que cuando comenzaron la instrucción apenas sabían sostener una espada y se tropezaban con sus propios pies, se volvían diestros en el arte de la esgrima.

«Pronto será buenos luchadores», pensó. «Nuevos soldados de Gondor.»

Tras quince años al servicio de Turgon, Thengel ya pensaba en Minas Tirith como su hogar, y en Gondor como su propia patria. Había hecho el juramento de fidelidad al Senescal poco después de llegar a la ciudad, y a lo largo de los años su valor, su lealtad y su habilidad con la espada le habían ganado un lugar tanto entre las gentes de la ciudad como en el corazón de su gobernante. Turgon lo estimaba tanto que le consideraba casi un hijo adoptivo, y otro tanto podía decirse de Ecthelion, el hijo del Senescal, que lo trataba con la complicidad afectuosa de un hermano.

Al cabo de media hora, el rohirrim se dirigió a los reclutas.

—¡Hemos terminado por esta mañana, señores! ¡Hora de almorzar! ¡Recoged vuestros equipos y dirigíos a los barracones!

Sus aprendices se apresuraron a obedecerle, contentísimos de poder hacer un descanso que incluyera una buena jarra de cerveza y un plato de comida caliente. Thengel se disponía a marchar con ellos, cuando oyó un correteo a sus espaldas y se giró justo a tiempo para ver llegar a Ecthelion.

—¡Thengel, te estaba buscando! —exclamó su amigo, saludándole alegremente— Me alegro de haber llegado a tiempo. Padre quiere que te reúnas con nosotros en la Torre Blanca para almorzar; creo que quiere hablar contigo.

Thengel asintió y echó a andar en dirección a la Ciudadela, acompañado por Ecthelion. Cuando llegaron, la mesa de Turgon estaba ya dispuesta y el Senescal los esperaba sentado en la cabecera. Thengel ocupó el lugar a la izquierda de su señor, mientras Ecthelion se sentaba a la diestra, y los tres empezaron a comer.

Hasta el final del almuerzo, Turgon no reveló a Thengel el motivo por el cual le había hecho llamar.

—¿Cómo van los reclutas? —quiso saber, mientras cogía una manzana del cesto de frutas que los criados habían dejado en la mesa.

—Estoy muy satisfecho con ellos —respondió Thengel—. Aprenden rápido. Creo que la mayoría podrían ser incorporados en el ejército en un máximo de dos semanas.

Turgon sonrió.

—Me alegra mucho escuchar estas noticias, pues tengo un encargo que hacerte, Thengel. Necesito de tus habilidades instructoras en Lossarnach.

A Thengel casi se le cae la copa de las manos por la sorpresa.

—¿En Lossarnach? —preguntó, confundido— ¿Hay algún conflicto allí? ¿Es que alguien ha atacado el valle?

—¡No, no es nada de eso! —lo tranquilizó Turgon— En realidad, se trata de un favor que me ha pedido un buen amigo. Handir, hermano del príncipe Adrahil de Dol Amroth. Me ha solicitado que le envíe un buen maestro de armas para terminar el adiestramiento de su descendiente, dado que el anterior instructor que tenían era ya un hombre maduro y murió hace poco de unas fiebres. Tú eres uno de los mejores de Minas Tirith, y tengo total confianza en ti. Si estás conforme, partirás dentro de dos semanas, en cuanto acabes con la instrucción de tus reclutas.

Thengel calló durante unos instantes, sintiéndose decepcionado. ¿Lossarnach? Aquel era un vallecito bucólico, lleno de flores y prados, donde algunas familias pudientes solían emigrar atraídas por el buen tiempo y la belleza del paisaje. Le parecía que su talento estaría desperdiciándose allí; prefería quedarse en Minas Tirith entrenando soldados. Pero Turgon le había expresado con claridad sus deseos, y Thengel había jurado fidelidad al Senescal. De modo que, con un callado suspiro de resignación, bebió un trago de vino y asintió con la cabeza.

—Haré como deseéis, mi señor.

«Bueno, al fin y al cabo sólo se trata de terminar la instrucción del hijo de Handir», se consoló. «Si el muchacho ha sido bien entrenado, no costará tanto tiempo. Tal vez pueda estar de vuelta en Minas Tirith el año que viene.»

Al cabo de dos semanas, Thengel partió hacia Lossarnach. La primavera estaba ya bastante avanzada y los caminos eran seguros, sobre todo para un guerrero alto y fornido que portaba una espada al cinto y cota de malla sobre el jubón. Cabalgó sin prisas, disfrutando de la belleza del entorno y del buen tiempo. *Darfeld* tenía veintitrés años y había envejecido, pero era aún fuerte y vigoroso y no quería separarse de su amo, de modo que éste había decidido llevarlo consigo aprovechando que el viaje no se presentaba largo ni fatigoso.

Thengel llegó a su destino en el mejor momento posible, cuando el valle resplandecía de lozanía y verdor. Flores de un centenar de colores diferentes se abrían al sol en los prados, y los árboles crecían orgullosos extendiendo hacia el cielo sus ramas pobladas, ebrias del trino de los pájaros. Desde las montañas, el río Erui bajaba con cristalina musicalidad, sin la impetuosidad que amenazaba con desbordarlo al comienzo de la primavera. Las aguas salpicaban cantarinas alrededor de la orilla, lamiendo las piedras verdosas. A pesar del fastidio que le producía su misión, Thengel reconoció que aquel lugar era adorable, y su corazón se dulcificó a medida que lo contemplaba.

Al fondo del valle, en la pradera más extensa y hermosa, se levantaba el castillo donde vivía el hermano del príncipe Adrahil. Aquel era el destino de Thengel, que llegó a sus puertas poco después del mediodía.

Turgon había escrito a Handir para anunciarle la llegada del nuevo maestro de armas, de modo que todo el mundo le estaba esperando. Los criados recibieron a

Thengel con honor y le condujeron a sus habitaciones tras dejar a *Darfeld* en los establos.

Thengel, complacido con la cómoda y luminosa habitación que le habían asignado, aceptó las sugerencias de los criados de lavarse y cambiarse de ropa antes de reunirse con el señor y su familia en una cena temprana. Tras gozar de un baño caliente, un buen afeitado y vestirse con un jubón color verde hoja, el joven se sentía relajado, descansado, y listo para bajar a cenar. Descendió las escaleras, siguiendo las indicaciones de los sirvientes, hasta llegar al salón principal, donde la mesa estaba puesta y la familia esperando.

Le chocó encontrarse tan sólo con un hombre maduro, que debía tratarse de Handir, con una mujer de la misma edad, con toda seguridad su esposa, y con una jovencita. ¿Dónde estaba el muchacho al que tendría que entrenar?

El señor de la casa se levantó al verle aparecer.

—Así que vos sois Thengel —dijo con una sonrisa, teniendo la mano a un huésped—. Turgon nos informó de vuestra llegada, así como de vuestra experiencia y vuestras hazañas en combate. Es un honor teneros en mi casa. Permitidme que os presente a mi esposa Nimloth y a mi hija Morwen.

Las dos damas hicieron una inclinación de cabeza, a la que Thengel respondió. Luego, se giró hacia su interlocutor, confuso.

—Os agradezco la bienvenida, mi señor. Para mí también es un honor ser recibido en vuestra casa. Pero, ¿dónde está vuestro hijo, si me permitís preguntar?

Handir frunció el ceño, extrañado.

—¿Mi hijo?

—Sí —dijo Thengel, inseguro—. El muchacho que he venido a entrenar... ¿Por qué no está aquí reunido con nosotros? ¿Acaso se encuentra indispuesto?

Handir se echó a reír.

—Os han informado mal, mi señor. Yo no tengo ningún hijo. Os hice llamar aquí para que os encargara de entrenar en el manejo de las armas a mi descendiente, y sólo tengo uno: mi hija Morwen, que está sentada ante vos.

Thengel, horrorizado, se giró de nuevo hacia la jovencita, a quien hasta entonces no había mirado más que de refilón. La muchacha, espigada y esbelta, tenía una larga cabellera negra y una piel ligeramente bronceada por el sol que contrastaban con la claridad de sus ojos color gris acerado, típico de los gondorianos. Lanzó a Thengel una seria y escrutadora mirada.

«Maldita sea, Turgon», pensó Thengel, conteniendo el deseo de apretar los puños. «¿Cómo habéis podido hacerme esto?»

Los entrenamientos comenzaron al día siguiente. Thengel trataba por todos los medios de disimular su fastidio, del mismo modo que lo había intentado la noche anterior. Al fin y al cabo, Handir era un buen amigo del Senescal, y Thengel no podía

deshonrar a Turgon siendo descortés con su anfitrión. Pero supuesto, eso no impedía que por dentro ardiera de rabia.

«Apartado de mi puesto como maestro de armas de la milicia en Minas Tirith para entrenar a una mujer. ¡A una mujer!», pensaba mientras se dirigía al patio de armas. «¿Qué demonios hace una mujer con una espada en la mano? ¿No hay acaso hombres que protejan el valle?»

Respiró hondo, intentando vaciar su rostro de toda expresión delatora, y salió al patio. Morwen le estaba esperando allí, alta y ágil como las doncellas elfas de las historias, pero con una expresión severa y ceñuda en la cara que tenía poco que ver con la proverbial dulzura élfica. Vestía pantalones de hombre bajo una amplia sobrevesta de color pardo que le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas, y sujetaba en la mano derecha una espada de entrenamiento.

—Buenos días —dijo Thengel con voz neutra.

El ceño de la joven se acentuó.

—¿Por qué odiáis tanto ser mi maestro de armas? —le soltó.

«Bien, tengo que admitir que nunca se me ha dado demasiado bien eso de ocultar las emociones de mi rostro», pensó Thengel.

Sintió crecer su irritación hacia aquella jovencita; si quería sinceridad, sinceridad es lo que tendría.

—No pretendo cuestionar las decisiones de vuestro señor padre —contestó con sequedad—. Pero no deja de parecerme extraño que las mujeres de estas tierras se vean obligadas a aprender las artes del combate, tan poco adecuadas para ellas, habiendo hombres que pueden defenderlas.

Morwen dejó la espada para cruzarse de brazos.

—¿Poco adecuadas? —gruñó— ¿Y vos lo decís? ¿Acaso las mujeres rohirrim no se entrenan en el manejo de las armas?

—¡No, no es así! —contestó Thengel, irritado— Bueno, sí, pero no... ¡No es lo mismo! Algunas de nuestras mujeres, en tiempos de guerra, deciden aprender algunos rudimentos de lucha para poder defender sus vidas si el enemigo consigue arribar hasta sus puertas. ¡Pero no lo hacen en tiempos de paz, y desde luego tampoco van a la guerra cabalgando con nosotros!

—¿Y quién os dice que yo voy a cabalgar a la guerra? —preguntó Morwen, con un deje burlón en la voz— Me estoy entrenando para la autodefensa, como hacen vuestras mujeres de Rohan, por si alguna vez me fuera necesaria. ¿No habéis oído hablar del Nigromante? No está cerca de aquí, pero a casa de mi padre han llegado en los últimos tiempos noticias preocupantes. Incursiones, muertes extrañas... se habla de convocar un Concilio de los sabios para resolver el asunto, pero de momento nadie ha hecho nada. En estos valles aún recordamos días más oscuros. Todos rogamos por no tener que vivir una guerra en nuestros días, pero si nuestras oraciones no son escuchadas, las mujeres permaneceremos aquí mientras los hombres cabalgan a la batalla. Y os puedo asegurar que yo jamás seré una de esas damiselas que se quedan en su casa impotentes, sin hacer nada más que gritar cuando el enemigo tumba las puertas. ¡Yo soy de la sangre del príncipe de Dol Amroth!

Hablaba con tal convicción y con voz tan orgullosa, que pareció alzarse al menos cinco centímetros sobre su ya considerable estatura. A pesar suyo, Thengel no pudo menos que sonreír. La fervorosa indignación de aquella jovencita le resultaba en cierto modo divertida.

—Sois una doncella muy valerosa, pero ni siquiera las rohirrim más atrevidas comienzan sus entrenamientos siendo tan jóvenes como vos. ¿Cuántos años tenéis? ¿Dieciséis?

—¡Diecinueve! —exclamó Morwen, furiosa— ¡No soy ninguna niña! Habéis venido a entrenarme, así que más vale que me entrenéis. O tal vez comenzaremos a pensar que Turgon exageraba al enumerar vuestras hazañas, si no sois capaz de véroslas ni siquiera con una doncella.

Thengel, rápido como una centella, extrajo del armero la primera espada de entrenamiento que encontró y se abalanzó sobre Morwen, que lanzó un breve grito de sorpresa al encontrarse de repente con el enorme rohirrim a un metro de ella y con el filo romo de la espada junto a su cuello.

—Primera lección —siseó Thengel—. Jamás os distraigáis delante del enemigo. Y jamás dejéis en el suelo vuestra espada.

A partir de entonces, los entrenamientos se repitieron todos los días. Por la mañana, después del desayuno, Thengel se reunía con Morwen en el patio de armas y la adiestraba hasta la hora del almuerzo. Por la tarde, tenía tiempo libre hasta la hora de cenar para ocuparse de sus asuntos. Thengel no tenía demasiado que hacer en Lossarnach, ya que carecía de amigos allí, de modo que ocupaba su tiempo en responder las cartas que Ecthelion le enviaba de vez en cuando, en leer la modesta colección de libros que Handir guardaba en su biblioteca, y sobre todo en salir a pasear, a pie o a caballo, por las proximidades del castillo. Cuando más conocía el valle, más lo apreciaba. No era tan agreste y salvaje como las llanuras de Rohan, con sus vientos fríos sacudiendo los prados de hierba alta, pero su belleza cálida y amable lo subyugaba. Todo era suave y florido en la primavera de Lossarnach, y cada vez que cerraba los ojos tendido en la hierba, escuchando el trino de los pájaros y el suave murmullo del río, Thengel se sentía en paz.

También empezaba a reconocer, a regañadientes, que la peculiar doncella a la que debía entrenar no era tan inútil como había temido. Al conocerla se había preparado para enfrentarse a una niña mimada que se aburría en su castillo y quería jugar a ser guerrera, pero lo cierto es que el anterior maestro de armas había conseguido inculcarle algunas lecciones provechosas. Era ágil, más fuerte de lo que sugería su esbeltez, y aprendía rápido. En realidad, si hubiera sido un muchacho no se habría diferenciado en nada de la mayoría de sus reclutas de Minas Tirith.

Thengel no hablaba con ella más de lo imprescindible, pero en secreto la admiraba. Su tenacidad, su fortaleza y su férrea determinación le recordaban a las mujeres de Rohan, a las que se parecía mucho en carácter a pesar de ser tan diferente en aspecto.

«Lástima que no haya nacido en Edoras», pensaba. «Encajaría mejor que aquí.»

La mayoría de las mujeres gondorianas eran orgullosas, y se complacían sobre todo en embellecerse físicamente, elaborar artesanías y escuchar y aprender canciones e historias sobre hechos pasados, sobre todo si tenían que ver con la gloria de Gondor o de Númenor. Morwen también era orgullosa, pero ahí acababan todas las coincidencias. No se preocupaba gran cosa de su aspecto; no llevaba telas finas ni joyas suntuosas, y en lugar de hacerse los elaborados peinados que tanto agradaban a las mujeres de su clase, prefería llevar la larga melena suelta al viento o recogida en una modesta trenza. No debían interesarle gran cosa las canciones o las artesanías, porque la mayor parte de su tiempo libre lo pasaba montando a caballo.

La primera vez que Thengel la encontró cabalgando por la pradera, fue por pura casualidad. Conocía a todos los caballos de los establos del castillo, casi todos ellos de la raza que criaban en Rohan, como comprobó con satisfacción. Cierta tarde, ya entrado el verano, fue a ensillar a *Darfeld* para salir a cabalgar cuando se dio cuenta de que faltaba uno de los otros caballos, un corcel blanco joven y ágil de largas crines trenzadas. Una hora más tarde, mientras trotaba alegremente por el prado que se extendía hasta la ladera meridional del valle, a unos cinco kilómetros de la casa de Handir, se topó con el caballo blanco. Galopaba vigorosamente, con Morwen sobre la silla. La joven sonreía entusiasmada; parecía absorta en disfrutar de la carrera, y no se fijó en Thengel. Cuando el caballo llegó a la altura de un grupo de matorrales, clavó las botas en los flancos del caballo, que saltó con destreza inmaculada. Morwen lanzó un grito de alegría.

Thengel sonrió.

—¡Buen salto! —gritó.

Morwen se giró sorprendida al oír su voz y la sonrisa despreocupada desapareció de su rostro.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, recelosa.

Thengel espoleó a *Darfeld* para acercarse a ella con un suave trotecillo.

—Cabalgaba —dijo—. Igual que vos. ¿Está prohibido?

La expresión de Morwen se relajó un poco.

—No, claro que no. Perdonadme si parezco brusca. Es que no estoy acostumbrada a encontrarme con nadie durante mis paseos.

—Montáis bien.

—Gracias. Es un cumplido viniendo de un rohirrim.

Thengel observó al caballo blanco.

—Es de Rohan, ¿verdad?.

—¿*Gerion*? Sí, es de Rohan —palmeó cariñosamente el ancho cuello del caballo—. Nacido en Gondor, pero de padres rohirrim. Su padre era un animal poderoso, un caballo de guerra. Su madre, una yegua blanca. Mi madre todavía la monta.

—Son los mejores caballos del mundo —dijo Thengel con satisfacción.

Morwen esbozó una leve sonrisa.

—¿Queréis hacer una carrera?

—Me encantaría —respondió él—. Pero *Darfeld* ya es viejo. Se fatigaría mucho si tratara de forzarle un galope como el vuestro, y dudo que pudiera igualar a vuestro *Gerion* al saltar.

—Eso tiene fácil solución —repuso Morwen—. Escoged cualquiera de los caballos de nuestros establos. Creo que será divertido tener competencia.

Desde aquel encuentro, Thengel y Morwen comenzaron a acudir juntos de vez en cuando a la pradera para cabalgar. A ella le divertía competir con él en carrera y salto, aunque pocas veces le ganaba, y él aprovechaba para enseñarle todo lo que sabía sobre la monta y la cría de los caballos.

—Vais a tener que pedirle un aumento a mi padre —bromeó Morwen un día, después de que llegaran casi a la par a la altura del tronco hueco que habían acordado como línea de meta—. Casi me enseñáis más sobre caballos por la tarde que sobre espadas por la mañana.

—No son tareas equiparables —respondió Thengel—. Nuestros paseos y nuestras carreras a caballo no son parte de mi trabajo o mi obligación; disfruto compartiendo estos momentos con vos.

—¿Y por qué no disfrutáis enseñándome a combatir? —preguntó ella.

El sol comenzaba a declinar. Morwen estaba de espaldas al poniente y el resplandor que enmarcaba su silueta hacía difícil distinguir sus facciones, pero por su tono de voz parecía contrariada.

Thengel hizo una pausa antes de responder.

—Entre las mujeres de Rohan, cabalgar es tan natural como respirar; todas ellas aprenden a montar desde niñas. Estas excursiones con vos me entretienen y me dan paz, me recuerdan a los tiempos felices en mi tierra. Vuestra instrucción, en cambio, sólo me trae imágenes de guerra. De las mujeres que deben aprender a defenderse ante la perspectiva de no volver a ver a sus esposos y tener que luchar contra el enemigo por salvar a los hijos y el hogar.

Morwen, que había detenido a *Gerion*, lo espoleó con suavidad. El caballo comenzó a avanzar lentamente. Thengel acompasó el suyo.

—Habláis con mucha nostalgia de Rohan, mi señor. ¿Por qué os fuisteis?

—Hace mucho tiempo que no recibo nuevas de mi tierra —contestó él—. Pero cuando me fui de allí, la situación se estaba haciendo insoportable. Había sequía, hambre, y las desavenencias con mi padre por asuntos de gobierno eran casi diarias. Cuando mandó matar a dos de mis amigos por intentar ayudar al pueblo, y casó a mi hermana con un hombre cruel y codicioso, sentí que ya no podía permanecer allí por más tiempo. Rohan ya no era mi lugar.

—¿Vuestro padre? —quiso saber Morwen, extrañada— ¿Quién es vuestro padre?

Thengel se estremeció.

«No lo sabe.»

Por un momento, se planteó no contarle nada. Luego, se reprendió por ridículo. ¿Acaso tenía algo que ocultar?

—Fengel hijo de Folcwine —respondió—, el rey de Rohan.

Morwen palideció.

—¿Sois el príncipe de Rohan? ¿Por qué no me habíais dicho nada?

—¿Nada? —preguntó Thengel, sorprendido— Pero... Turgon se lo dijo a vuestro padre, ¿no es así?

Morwen frunció el ceño.

—Si se lo dijo, él no consideró necesario contármelo a mí. Nadie considera necesario contarme nada, supongo.

Meneó la cabeza con rabia y espoleó a *Gerion* para hacer que galopara, dejando a Thengel atrás.

A medida que el verano se convertía en otoño, el buen tiempo dio paso a las lluvias otoñales, y los campos se llenaron del olor a hongos, a bayas y a tierra húmeda. Aquello hizo que los paseos a caballo de Thengel y Morwen disminuyeran, ya que sólo podían hacer excursiones cuando el tiempo lo permitía. Cuando no hacía tiempo de salir a cabalgar, se reunían en el salón de las chimeneas para conversar juntos frente a una copa de vino caliente especiado o una taza de hidromiel. A pesar del tirante comienzo que habían tenido, cada vez se sentían más cómodos juntos.

Poco a poco, el otoño se convirtió en invierno. Cayeron las primeras nieves, con lo que las prácticas matutinas de esgrima tuvieron que trasladarse al interior del castillo. Para entonces, Thengel ya había advertido notables mejorías en la capacidad combativa de Morwen. No llegaba al punto de los guerreros curtidos, cuyas armas parecían casi prolongaciones de sus propios brazos, pero mostraba seguridad y soltura a la hora de manejar la espada, tenía un buen juego de pies y también sabía coordinar hoja y escudo. Thengel no sabía si los temores de la joven sobre una guerra futura estaban o no justificados, pero estaba seguro de que, si llegaba el momento, ella sería capaz de defenderse.

El frío, que empezó siendo el habitual, pronto se convirtió en un azote inmisericorde. Aquel invierno llegó a ser el más gélido de los últimos veinte años, y muchos árboles del valle fueron talados para poder satisfacer la demanda de leña de los habitantes de Lossarnach, que temblaban de frío en sus casas.

—Esto no me gusta nada —gruñía Handir, paseándose ante la enorme chimenea—. Si sigue nevando algunas aldeas quedarán aisladas, y eso podría atraer a los bandidos, que las tomarán como presas fáciles. Esperemos que el tiempo mejore.

Pero el tiempo no mejoró. Durante semanas enteras, las nevadas fueron casi continuas, y pasado el segundo mes del invierno dejaron de recibirse noticias de las aldeas más aisladas del valle. Handir, preocupado, dispuso a gran parte de sus guardias en patrullas cuyo cometido era tanto vigilar los caminos como abrir vías a través de ellos. El señor de Lossarnach salía con frecuencia a supervisar las patrullas, y en la mayor parte de las ocasiones Thengel lo acompañaba.

Una tarde, se armó un gran revuelo en uno de los caminos principales del valle. Una violenta ventisca de hielo y nieve tumbó varios árboles sobre la carretera, cortando la comunicación más directa entre el norte y el sur. Handir, que estaba presente, envió a Thengel de vuelta al castillo con órdenes de regresar trayendo varios de los caballos más fuertes y acompañado de todos los voluntarios a los que pudiera reunir, a fin de despejar el camino lo antes posible.

Cuando el rohirrim llegó, estaba empezando a nevar otra vez. Se trataba, por fortuna, de una nevada ligera; los copos caían danzando silenciosos sobre los páramos helados. Cuando penetró en el castillo, la dama Nimloth en persona se le arrojó encima.

—¡Thengel, menos mal que habéis regresado! ¡No sabía qué hacer, estaba a punto de enviar a los únicos guardias que nos quedaban...

—¡Mi señora! —exclamó él, sorprendido— ¿Qué ha pasado?

—¡Llegaron unos aldeanos al castillo! —sollozó la mujer— ¡Venían a avisarnos de que una banda de forajidos estaban saqueando Arnad y Lasselin! No había soldados disponibles aparte de un par de hombres de la guardia, y Morwen se enfureció. ¡Cogió su espada y salió al galope montada en *Gerion*! Estoy tan asustada por ella...

Thengel apenas escuchó las últimas palabras de la dama.

—¿Cuándo se fue? —preguntó con voz imperiosa— ¿Cuándo?

—No hace mucho —respondió Nimloth con voz temblorosa— Tal vez diez minutos...

Él echó a correr.

«¿Pero cómo ha podido ser tan estúpida?», se preguntó Thengel desesperado, mientras cabalgaba a toda velocidad. «¿Cómo?»

Sabía que era una mala idea entrenarla, siempre lo había sabido. Al final, aquella jovencita había acabado creyéndose una especie de héroe. Por fortuna, las huellas de los cascos de *Gerion* aún eran visibles en la nieve blanda, pero los copos caían cada vez con más fuerza. Si seguía nevando, el rastro se acabaría perdiendo, y para colmo la luz comenzaba a escasear. Si se hacía de noche y la tormenta arreciaba, se perdería en la oscuridad; el valle resultaba extraño para él al estar cubierto de blanco, con la mitad de sus puntos de referencia sepultados por la nieve. Y si él se perdía, y a Morwen le pasaba algo... No sabía cuántos bandidos había, ni cómo iban armados. Si averiguaban quién era Morwen, podían tratar de secuestrarla para pedir un rescate a Handir. Si no, probablemente harían algo mucho peor.

Thengel espoleó a *Darsil* el corcel que había elegido por ser el más veloz de las caballerizas de Handir. Ojalá no fuera demasiado tarde.

Le pareció que transcurría una eternidad hasta que aparecieron ante él las primeras casas de la aldea. Cuando penetró en la población, se dio cuenta de que las docenas de pisadas sobre la nieve sucia le hacían imposible continuar siguiendo el rastro. Las calles estaban desiertas, pero pudo atisbar a dos ancianas que espían a través de los postigos de las ventanas. Thengel descabalgó y llamó con fuertes golpes a la puerta más cercana.

—¡Abrid en nombre de Handir de Lossarnach!

Al cabo de unos segundos, la puerta se entreabrió un poco.

—Mi señor —susurró la voz de una mujer mayor—. ¿Habéis venido con refuerzos? Los bandidos están saqueando el pueblo...

—¡El jinete que ha venido! —exclamó Thengel— ¿La habéis visto? ¿Dónde está?

La anciana señaló hacia el fondo de la calle.

—Los ladrones han ido a saquear la granja de Beregund —contestó la anciana, señalando la dirección con un dedo huesudo—. El jinete oyó los gritos y se fue para allá.

Cuando Thengel llegó, ya no se oían gritos. Entre la nieve sólo reinaba el silencio. Aquello era una mala señal.

La granja estaba un poco apartada, justo al final del pueblo. Frente a ella se extendían algunos campos, que durante la época de siembra debían contener cebada o trigo. En condiciones normales aún tendrían que haber quedado un par de horas de luz, pero los espesos nubarrones que cubrían el cielo hacían que todo estuviera sumido en una penumbra gris y siniestra. Tal vez por eso fue por lo que Thengel tardó tanto en ver los cuerpos. Estaban tendidos ante la puerta principal de la granja, en distintas posiciones. A intervalos, la nieve estaba teñida de sangre.

—¡Morwen! —gritó Thengel, horrorizado— ¡Morwen! ¡Morwen!

Sacó la espada, aunque a juzgar por el espectáculo había llegado tarde. Poco a poco, comenzó a distinguir los cuerpos que había en el suelo: tres hombres, con las caras sin afeitar y cubiertos con capas andrajosas. Todos ellos estaban muertos. En el suelo, junto a ellos, había dos garrotes y una daga.

—¿Morwen?

Un leve gemido llamó su atención. Al girarse, vio que había alguien apoyado en el tronco de un nogal, junto a la esquina opuesta de la granja. Descabalgó y echó a correr hacia allí.

Morwen entreabrió los ojos al verle llegar. Thengel se dio cuenta de que había rasgado un buen trozo de su capa para atarlo en torno a la profunda herida que tenía bajo la clavícula, en un intento de cortar la hemorragia.

—Los cogí por sorpresa —susurró—. Maté a dos, antes de que pudieran defenderse. Creo que tienen encerrada a la familia en el sótano. Herí a otros dos y se escaparon, pero el último me apuñaló. Me defendí... creo que también lo maté, le clavé la espada.

Hizo un débil gesto hacia la hoja manchada de sangre que había junto a ella, en el suelo. Thengel quiso decir algo, pero se atragantó. No le salían las palabras. Morwen esbozó una sonrisita temblorosa.

—No soy... tan inútil... ¿eh, Thengel? —musitó, y se desmayó.

—Vivirá —dictaminó el sanador, saliendo del dormitorio mientras se limpiaba las manos—. Aunque no puedo decir si podrá volver a usar el brazo con normalidad. Ha tenido mucha suerte; la trajeron en seguida. Ahora necesita descansar.

Nimloth se echó a llorar de alivio al escuchar el diagnóstico. Thengel no dijo nada. Handir, con expresión grave, dio las gracias al sanador y lo acompañó para despedirlo. Cuando regresó parecía cansado.

—No debí permitirle aprender a manejar la espada —le dijo a Thengel en voz baja, con la voz llena de pesar—. Mirad lo que ha sucedido. Creí que la protegía enseñándole a defenderse, y sólo la he empujado a ponerse en peligro.

El rohirrim tuvo ganas de darle la razón, pero por alguna extraña razón no lo hizo. Por estúpido que fuera, le pareció que sería casi como traicionar a Morwen.

—Intentó defender a su pueblo —murmuró—, como todos los señores deben hacer. Es digna hija vuestra, y una mujer valiente.

Handir se quedó un tanto sorprendido, pero finalmente asintió. Luego, se marchó arrastrando los pasos, acompañado por su esposa.

Thengel se quedó solo delante de la puerta. Cediendo a un impulso repentino, y antes de poder cambiar de opinión, empujó el picaporte y penetró en la estancia. Morwen estaba tendida en la cama, vestida con ropas de dormir. Bajo el cuello de la túnica se distinguía parte del vendaje que le había aplicado el sanador, y sus cabellos negros se desparramaban sobre las blancas almohadas. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió al sentir que se abría la puerta.

—Hola —dijo en un susurro.

Thengel se acercó al lecho y la tomó de la mano.

—¿Cómo pudiste ser tan tonta? —la reprendió con suavidad— ¡Podrían haberte matado! ¡Corriste un peligro gravísimo! ¿Por qué lo hiciste?

—Porque no había nadie más que lo hiciera —respondió Morwen—. Los guardias que se quedaron en el castillo eran jóvenes e inexpertos, nunca se habían alejado mucho de aquí. En cambio, yo conocía bien el camino. He estado allí muchas veces. Tenía que ayudarlos, Thengel. ¿Para qué sirve un señor si no es para proteger a su pueblo, por muchos sacrificios que requiera?

A Thengel se le llenaron de repente los ojos de lágrimas.

«Sí», pensó. «¿Para qué?»

Aquella joven que apenas acababa de cumplir veinte años tenía más valor y sabiduría que su propio padre, el rey de Rohan. Siendo una mujer, la hija de un señor, había hecho lo que Thengel jamás había querido hacer. Preocuparse por su gente, protegerla, hasta el punto de poner en peligro su propia vida. A su pesar, Thengel sintió que el comportamiento de ella lo admiraba más de lo que le enfurecía. Pero no lo aprobaba, no podía aprobarlo. No si la ponía en tan grave peligro. Podría haber muerto.

—Por favor, no vuelvas a hacerlo —le suplicó—. Todos estábamos muy preocupados por ti. Creo... creo que en mi vida había tenido tanto miedo.

«Ni siquiera cuando supe que Erthain y Deorwine iban a morir.»

—Los aldeanos también tenían miedo —dijo ella—. Y a diferencia de mí, no estaban armados. No podían combatir. Thengel, sé que por mucho que lo siga intentando nunca lograré tu comprensión, y no espero que lo entiendas, pero... es mi tierra. Mi hogar. Mi gente. Confían en mi padre y algún día confiarán en mí. Por ellos, haré lo que sea.

Thengel se sintió lleno de una emoción tan honda que lo ahogaba. Estrechó las manos de la joven entre las suyas.

—¡No pienses así de mí, Morwen! Tienes mi comprensión, y tienes todo mi respeto. Entiendo por qué lo hiciste. No puedo aprobarlo; no porque crea que está mal, sino porque mientras cabalgaba hacia la aldea la sola idea de encontrarte muerta era tan dolorosa para mí que apenas podía soportarla. Pero lo entiendo. Yo habría hecho lo mismo de estar en tu lugar.

Los ojos grises de Morwen centellearon.

—¿Apenas podías soportar que yo muriera? Entonces... eso, ¿significa que te importo?

Él notó que las manos de ella, entre las suyas, temblaban.

—Más que nadie en el mundo —musitó.

Morwen liberó una de sus manos para acariciar el cabello de Thengel. Luego, lo atrajo hacia sí para acercar su rostro al de ella y le besó.

Al sentir los labios de la joven sobre los suyos, el corazón de Thengel estalló. Una oleada cálida y dulce se extendió por todo su cuerpo, llenándole de una felicidad que no había soñado volver a sentir desde que dejó Rohan. Al cabo de unos segundos, se separó de ella. Los ojos acerados de Morwen estaban llenos de calidez al mirarle, y en sus labios bailaba una sonrisa parecida a la que lucía aquel primer día que la encontró cabalgando en las praderas; una sonrisa de pura felicidad.

—Morwen, ¿estás segura de esto? —preguntó Thengel con voz temblorosa— Soy un hombre de Rohan. No... no sé ser delicado ni galante a la manera de los gondorianos.

—No me importa.

—Y te saco diecisiete años.

La sonrisa de Morwen se ensanchó.

—Tampoco me importa.

—Entonces, ¿me amas?

—Con todo mi corazón —respondió ella.

A Thengel le dio la sensación de que el mundo desaparecía bajo sus pies. Afortunadamente, lo mantenía a flote una nube de felicidad.

—Yo también te amo.

Thengel y Morwen se casaron la primavera siguiente, en medio de un boato espectacular que reunió a gente de todas las aldeas del valle. El mismísimo Senescal Turgon viajó hasta allí para asistir a la ceremonia, acompañado por su hijo Ecthelion. Thengel se había prometido a sí mismo recriminar a Turgon por haberlo enviado a entrenar a una jovencita, por muy sobrina del príncipe Adrahil que fuera, pero cuando lo tuvo frente a sí lo estrechó en un fuerte abrazo y le dio las gracias. Handir y Nimloth cedieron a los esposos un ala entera del castillo, para que pudieran instalarse allí en relativa intimidad.

A principios de otoño, Morwen anunció con gran alegría a su familia que estaba encinta. Al cabo de nueve meses, casi un año después de la boda, nació la primera hija de la pareja, una niña morena de enormes ojos azules a la que Thengel llamó Helfrid, en recuerdo de su querida hermana. El parto fue largo y difícil, por lo que la comadrona que la atendió recomendó a Thengel y a Morwen que esperasen antes de intentar tener otro hijo.

Tras la boda, las funciones de Thengel como maestro de armas en casa de Handir se terminaron, aunque él y su esposa seguían practicando con espadas de entrenamiento de vez en cuando, sólo por diversión. La misión de Thengel en Lossarnach había concluido, y hubiera podido volver a Minas Tirith para ponerse de nuevo al servicio de Turgon, pero ni él ni su esposa quisieron dejar el valle. Poco a poco, las bondades del clima y el aire puro de las montañas fueron restableciendo a Morwen de los rigores que su cuerpo había sufrido durante el primer parto, y cuando la pequeña Helfrid tenía ya tres años y correteaba como una potrilla persiguiendo mariposas, quedó de nuevo encinta.

En aquella ocasión, temeroso por lo que pudiera pasarle, Thengel cuidó de su esposa con una dedicación casi obsesiva. No le permitió montar a caballo ni practicar esgrima durante el embarazo y mandó llamar a un sanador para que se quedase a vivir en el castillo hasta el momento del parto y supervisara en todo momento la salud de su esposa. Y tal vez por los desvelos de Thengel, o tal vez porque las caderas de Morwen se habían ensanchado con la edad y con el anterior embarazo, el segundo alumbramiento fue mucho más rápido y sencillo que el primero. Una soleada mañana de finales de invierno, cuando el hielo ya se derretía pero aún no habían aparecido las primeras flores de primavera del valle, nació el primer y único hijo varón de Thengel y Morwen, a quien pusieron por nombre Théoden.

A lo largo de todos aquellos años, las gentes de Lossarnach vivieron en paz. Morwen llegó a ver sus temores juveniles acerca del Nigromante y una guerra futura como pesadillas lejanas, que no tenían ninguna base real; al fin y al cabo, hacía ya varios años que el Concilio Blanco de los Elfos y los Istari se había reunido para dar caza al Nigromante y expulsarlo de Dol Guldur, tras lo cual, afortunadamente, no se habían vuelto a tener noticias suyas. Muchos pensaron que estaba muerto, y Morwen acabó por creerlo también. El amor de Thengel y de sus hijos llenó su tiempo y su corazón y alegró los primeros años de senectud de Handir y Nimloth. La pequeña y rubia Lothluin vino al mundo dos años más tarde que su hermano Théoden, haciendo su felicidad aún mayor.

Luego, llegó la Muerte Blanca, y las cosas cambiaron.

Como Thengel recordaría años después con amargura, nadie fue capaz de relacionarlo todo, hasta que fue demasiado tarde.

Tras la expulsión del Nigromante por el Concilio Blanco, todos creyeron que había muerto, o que había huido tan lejos que jamás volverían a saber de él. Nadie pensó que los extraños vapores y fumarolas que comenzó a expulsar el Orodruin tuvieran nada que ver con el Nigromante, ya que al fin y al cabo era un volcán, y todo el mundo sabía que los volcanes entraban de vez en cuando en actividad tras largos períodos de descanso. Sin embargo, en 2952, nueve años más tarde del matrimonio entre Morwen y Thengel y diez desde el Concilio Blanco, las ardientes cenizas del volcán se disiparon lo suficiente como para que los sorprendidos y aterrados gondorianos pudieran vislumbrar de nuevo la silueta de Barad Dhûr, la torre oscura de Sauron.

Muchos cayeron en la cuenta entonces de que Sauron y el Nigromante eran la misma persona, y que al ser expulsado de Dol Guldur aquel malvado personaje no había huido sin rumbo sino con un propósito fijo: refundar su inmundo reino y construir de nuevo la maléfica fortaleza. Las sulfúreas fumarolas del Orodruin, infectadas con el aliento maligno de Sauron, se esparcieron en todas direcciones, y trajeron consigo la Muerte Blanca. Las víctimas empezaban teniendo problemas respiratorios, se ponían blancas como la leche y fallecían días después entre agónicos estertores, con los pulmones encharcados e incapaces de respirar.

La enfermedad se extendió a través de Gondor y llegó hasta Lossarnach. La Muerte Blanca diezmó varias aldeas, penetró incluso en el castillo y se llevó a varios criados, a la dama Nimloth y a la pequeña Helfrid. Thengel y Morwen estuvieron hasta el último momento junto a su lecho, sosteniendo la mano de la niña. Cuando murió, el dolor los devastó de tal modo que ni siquiera tuvieron fuerzas para llorar.

Poco después del entierro de su hija, Thengel recibió la visita de un mensajero. Venía de Minas Tirith, y solicitó al criado que le abrió la puerta hablar urgentemente con él. Thengel no deseaba ver a nadie, pero no podía rechazar a un hombre que se había jugado la vida por cabalgar hasta allí.

—Me han dicho que queréis verme —dijo al ver al mensajero—. ¿Qué deseáis de mí?

El hombre le tendió un rollo de pergamino lacrado. Al verlo de cerca, Thengel se dio cuenta de que lucía en su jubón el emblema del Árbol Blanco de Minas Tirith.

Thengel, con el corazón en un puño, desenrolló el pergamino y leyó la carta, que no estaba firmada por el propio Senescal, sino por su hijo Ecthelion. Turgon había caído enfermo, afectado por la Muerte Blanca. Ecthelion rogaba a Thengel que se pusiera en marcha hacia Minas Tirith lo antes posible, puesto que el anciano Senescal deseaba hablar con él antes de morir.

Al principio, Thengel dudó. No quería dejar solos a Morwen y a sus hijos. Sin embargo, fue ella quien le animó a partir.

—Si la epidemia nos alcanza, lo hará estés aquí o no —le dijo—. Y Turgon debe tener algo importante que decirte si insiste con tanta vehemencia en conversar contigo

antes de morir. Debes partir cuando antes; la enfermedad avanza rápido, y si te retrasas es posible que cuando llegues a Minas Tirith Turgon ya haya muerto.

Thengel arribó a Minas Tirith al atardecer del día siguiente, cabalgando a marchas forzadas. Cuando entró en la ciudad, de vuelta por primera vez tras los largos años pasados en Lossarnach, su aspecto triste y solemne le sobrecogió. La luz parecía haber huido de las blancas e inmaculadas calles, y ya no había flores en las ventanas. Muchas lucían en su lugar crespones negros. Al llegar a las puertas de la Casa del Rey, Thengel desmontó y pidió a los guardias que custodiaban la entrada que fueran a buscar a Ecthelion. Su amigo llegó unos minutos más tarde, con semblante grave y sombrío.

—Hola, Thengel —lo saludó en voz baja—. Veo que te has apresurado en venir, y te doy las gracias. Ojalá nos hubiéramos reencontrado en momentos menos oscuros.

—¿Cómo está tu padre, Ecthelion? —quiso saber Thengel— ¿Sigue vivo?

Él asintió.

—Aún vive, aunque esta mañana ha vuelto a empeorar. No le queda mucho.

Ecthelion guió a Thengel más allá del salón principal, escaleras arriba, hasta llegar a las habitaciones privadas del Senescal. Apenas entraron, a Thengel le llegó como una vaharada el olor a enfermedad. Tuvo la misma sensación que en el lecho de muerte de su hija: la de estar en un lugar de paso, junto a una vida que se apagaba. Se acercó a la cama donde yacía Turgon.

—Mi señor —murmuró—. He venido.

Turgon estaba pálido y demacrado, pero abrió los ojos en seguida cuando oyó la voz de Thengel.

—¡Thengel, hijo! ¡Estás aquí! ¡Has llegado!

Su voz se disolvió en un mar de toses. Ecthelion se apresuró a acercarle una copa de agua fresca, que el Senescal bebió con avidez. Luego, volvió a dirigirse a Thengel.

—Me estoy muriendo —susurró—. Ya no me queda mucho tiempo. Y no soy el único. Vinieron a buscarte, Thengel, hace menos de una semana. Fengel ha muerto.

Thengel se quedó atónito. El color huyó de su cara, haciéndole parecer a él también una víctima de la Muerte Blanca.

—¿Cuándo? —susurró— ¿Cómo?

—El rey murió hace menos de un mes. Los emisarios te lo explicarán. Les hubiera dicho que fueran a buscarte, pero entonces enfermé, y te hice venir porque no

soportaba marcharme sin verte una última vez. Me has servido fielmente durante muchos años, y han sido como un hermano para Ecthelion y como un hijo para mí. También eres digno hijo de Gondor, un orgullo para todos nosotros.

Dos lágrimas solitarias rodaron por las mejillas de Thengel.

—Gracias, mi señor.

—Sin embargo, tu corazón pertenece a Rohan —continuó Turgon, con voz cada vez más débil—. Nunca has podido olvidar tu patria, y sigue siendo parte de ti. Thengel, la vida de un gobernante no siempre es fácil, yo lo sé bien. Pero los que estamos destinados a serlo a veces tenemos que tomar decisiones por el bien de nuestro pueblo, decisiones que no son fáciles.

Agarró la mano de Thengel con sus dedos huesudos, y lo miró a los ojos.

—Thengel, prométeme que volverás. Aunque te cueste. Vuelve a Rohan, y hazte cargo de tu pueblo. Sálvalos. Tú eres su esperanza. Prométemelo.

—Yo... —balbuceó Thengel— Mi señor, yo...

Turgon comenzó a toser de nuevo. Esta vez, ni siquiera el agua logró calmarlo. Su garganta comenzó a emitir silbidos ahogados, como si fuera incapaz de respirar. Ecthelion y uno de los criados lo sostuvieron por la espalda y trataron de abrirle la garganta con los dedos para dejar al aire entrar. Al cabo de unos segundos, Turgon se calmó, y se desplomó inconsciente sobre la cama. Ecthelion, más demacrado que nunca, miró a Thengel.

—Tenemos que irnos. Se ha excitado mucho; necesita descansar.

Hizo un gesto a Thengel, le hizo salir de la habitación y lo condujo escaleras abajo.

—Padre estaba muy interesado en que oyeras a los emisarios que han venido de Rohan —dijo con voz apagada, mientras bajaban las escaleras—. Les diré que se reúnan contigo en el salón; creo que debéis hablar.

Los emisarios tardaron muy poco en llegar. Mientras Thengel los esperaba, se sirvió vino especiado en una de las tres copas que los criados habían dejado en la mesa del salón, tras avivar el fuego del hogar.

«Tanto esfuerzo para huir de mi pasado», reflexionó Thengel. «Y ahora voy a tenerlo de nuevo ante mí.»

Bebió un trago. El líquido tibio y dulce le hizo sentir mejor. Poco después, se abrieron las puertas, y un sirviente hizo pasar a dos hombres de mediana edad. Por su aspecto, estaba claro que eran rohirrim: altos, fornidos, de ojos claros y cabellos trigueños. Los dos se postraron ante Thengel al llegar ante él.

—Majestad —lo saludó uno de ellos.

—No me llaméis así. ¿Quiénes sois?

—Me llamo Halfren, hijo de Halfrad, y él es Arthold, hijo de Dwinhorf.

Un aleteo despertó en el corazón de Thengel al oír aquellos nombres.

—Halfrad y Dwinhorf... son los consejeros que escaparon al Folde Este. ¿Viven todavía vuestros padres? ¿Sobrevivieron?

—Sí, majestad. La mano de Fengel no pudo alcanzarnos. Nos escondimos y procuramos llamar la atención lo menos posible. Al principio el rey nos buscó, pero poco a poco se fue olvidando de nosotros. Nuestras familias han estado aguardando durante años, esperando la muerte del rey, ganando apoyos en secreto... todo para volver a buscaros cuando fuera el momento preciso. Volved con nosotros, alteza; el pueblo espera a su rey.

Thengel se levantó con brusquedad.

—Yo no soy ningún rey. Mi padre me repudió, dijo que ya no era hijo suyo. Ahora tengo un hogar en Gondor, mi propia familia. No volveré.

El rostro de Arthold, el más joven de los dos emisarios, se llenó de desesperación.

—¡Majestad, no podéis hacernos esto! ¡Si no regresáis, el reino se hundirá en la ruina! ¡Se...

Halfren alzó una mano, deteniendo a su compañero.

—Entendemos vuestra reticencia, majestad. Pero, como os ha hecho ver mi amigo Arthold, la situación de nuestro reino es desesperada. Fengel ha muerto sin dejar más hijos varones, de modo que Freahlaf, el esposo de vuestra hermana Helfrid, ha reclamado para sí el título de rey. A lo largo de estos años, ha mostrado aún más crueldad y codicia que el difunto rey Fengel. Si nadie ocupa su lugar, terminará de llevar Rohan a la ruina.

—¡Pues derrocadlo vosotros! —exclamó Thengel— ¿No decís que habéis estado ganando apoyos? ¡Usadlos! Tanto Halfrad como Dwinhorf serían mejores reyes que ese cretino.

—Eso haremos, si no tenemos más remedio —dijo Halfren— Pero muchos se opondrán al considerar que no tenemos derecho alguno al trono, y lo más probable es que estalle una guerra civil. Vuestro pueblo sangrará, y aún puede que al final de la contienda sea Freahlaf el vencedor. En cambio, si vos retornáis... todos os recuerdan con afecto: nobles y plebeyos. Los campesinos saben que fuisteis uno de los que se enfrentaron a la codicia del rey para darles de comer y tienen la esperanza de que cuidaréis de ellos. Y los nobles aún recuerdan el modo en que os inculpasteis a vos mismo ante toda la Corte de Meduseld para intentar salvar la vida de Ertahin y Deorwine. Freahlaf no podrá oponerse a vos; sois el único hijo varón de Fengel y vuestro derecho es mayor que el suyo. Todos os aclamarán como rey, y en nuestra tierra volverá a haber justicia y paz.

—Mi padre dijo que probablemente sería una decisión difícil para vos —añadió Arthold, manteniendo los ojos bajos—. Pero también dijo que haríais lo correcto.

Thengel se mantuvo en silencio. Recordó como en un sueño las palabras de su amada Morwen, cuando era una jovencita herida.

«Tenía que ayudarlos, Thengel. ¿Para qué sirve un señor si no es para proteger a su pueblo, por muchos sacrificios que requiera?»

El peso de todos los años que había vivido cayó sobre sus hombros como una losa.

—Está bien —dijo—. Volveré.

Cuando él y los dos caballeros rohirrim salieron de la reunión, un criado los esperaba al otro lado de la puerta. Tenía órdenes del señor Ecthelion de comunicar a Thengel, en cuanto saliera de la sala, que el Senescal Turgon había muerto.

Dejar Lossarnach fue lo más duro que Thengel había hecho en su vida. Fue aún peor que abandonar Edoras, porque en Rohan sólo dejaba recuerdos amargos. Gondor, en cambio, le había traído felicidad. Creyó que para Morwen sería aún peor, pero su esposa volvió a sorprenderle.

—Me casé contigo sabiendo que eras el hijo de un rey —dijo, cuando él le contó lo que había pasado en Gondor—. Y siempre tuve la sensación de que algún día tendrías que retornar. No podemos escapar para siempre de nosotros mismos, Thengel. Tienes una responsabilidad que afrontar.

Así que Thengel y Morwen se despidieron de Handir y de todos sus amigos, y partieron de vuelta a Rohan. Handir los vio marchar con tristeza, pero también con alivio; en Rohan, al otro lado de las Montañas Blancas, Morwen y su familia estarían a salvo de la epidemia.

El camino de regreso fue más corto de lo que Thengel hubiera querido. Aún así, también fue reconfortante porque esta vez no iba solo sino acompañado por su esposa, sus dos hijos y también por Halfren y Arthold, a quienes nombró su guardia de honor. A medida que se adentraba de nuevo en Rohan, Thengel volvió a ver lugares que le resultaban familiares y que no había esperado volver a pisar. Cuando dejaron atrás los bosques de Drúadan y Fírien y penetraron en las amplias llanuras del Folde Este, sintió por fin que estaba volviendo a casa.

No parecía haber pasado el tiempo en Edoras cuando Thengel penetró en la ciudad. Las casas eran las mismas, Meduseld seguía brillando al viento con su techo dorado... y, a pesar de que ya no había malas cosechas ni sequía, un número alarmantemente alto de mendigos seguía deambulando por las calles. Todos ellos enmudecieron y se apartaron al ver entrar a la comitiva.

Thengel subió las escaleras que conducían al patio exterior de Meduseld. Hacía años que la lluvia se había llevado el último resto de sangre de las ejecuciones de Erthain y Deorwine, pero de algún modo para Thengel era como si hubiesen sucedido ayer. Con una mueca de disgusto, rodeó el lugar en vez de pisarlo.

Al acercarse a las puertas, varios guardias reales interpusieron sus escudos verdes delante de Thengel para impedirle el paso.

—¡Alto! —ordenaron— ¿Quién sois, y por qué motivo queréis entrar en la casa del rey?

—Porque esta es mi casa —contestó Thengel con firmeza—. Soy Thengel hijo de Fengel, el legítimo rey de Rohan, y os ordeno que me dejéis entrar.

Los guardias vacilaron.

—¿Cómo sabemos que sois en verdad Thengel, mi señor? —preguntó el capitán— Hace mucho que se fue, y nunca volvió a saberse nada más de él.

Thengel, sin decir nada, alargó la mano derecha y mostró el anillo que portaba, con el emblema de la Casa de Eorl. El capitán cayó de rodillas.

—Majestad.

Y, al instante, los demás guardias se apartaron para permitirle el paso.

—Esperad aquí —dijo Thengel a Morwen y a sus hijos—. Arthold, quédate con ellos. Halfren, conmigo.

Empujó las puertas y entró en la sala del trono. Lo primero que vio fue que el soñado panel de oro de su padre brillaba por fin allí, con destellos ostentosos. Luego, se fijó en el trono, y en el hombre que lo ocupaba. Freahlaf. Vestía una lujosa capa bordada en oro y salpicada de piedras preciosas, tenía los dedos cuajados de anillos, y en la frente y el cuello lucía la corona y la cadena de Fengel. Su asombro fue mayúsculo al ver entrar a Thengel.

—¡Tú! —gritó— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo osas regresar?

—¡No, Freahlaf! —exclamó Thengel— ¿Cómo osas tú ocupar sin derecho alguno el trono de Meduseld? ¡Arrodíllate de inmediato y rinde pleitesía a tu rey, y puede que te perdone la vida!

Los nobles y los guardias que había en la sala se quedaron atónitos, contemplando la escena con sorpresa e incredulidad. A Helfrid, que estaba sentada a la derecha de Freahlaf y tenía una expresión muy desdichada en el rostro a pesar del cinturón de oro y la diadema enojada que portaba, se le iluminaron los ojos al ver a su hermano.

Freahlaf se alzó, furioso.

—¡Yo soy el rey de Rohan, como me corresponde por derecho al ser el consorte de la heredera de Fengel! ¡Tú no eres más que un desheredado! ¡Partiste al exilio tras traicionar a tu padre! ¡Guardias reales, a mí! ¡Prended a ese impostor!

Los guardias llevaron mano a la empuñadura de sus espadas de forma automática, pero luego se detuvieron inseguros. Freahlaf era el esposo de la reina, pero Thengel había vuelto. Y el capitán lo había dejado pasar...

En ese momento, Helfrid se levantó.

—¡Es mi hermano! —exclamó— ¡Es Thengel hijo de Fengel, el legítimo rey de Rohan, y ha vuelto para reclamar el trono que le corresponde por derecho de nacimiento! ¡Rendidle pleitesía, si no sois todos traidores! —se giró y señaló a su esposo con el dedo— ¡Guardias, este es el impostor, prendedle a él!

—¡Haced lo que os dice mi hermana! —ordenó Thengel.

La confusión desapareció del rostro de los soldados y fue sustituida por la resolución. Desenvainaron las espadas y se giraron hacia Freahlaf. Este, rojo de furor, se volvió hacia su esposa y la abofeteó con todas sus fuerzas. Helfrid gritó y cayó al suelo, sangrado por la nariz.

Thengel desenvainó su propio acero, que resplandeció a la luz dorada de los velones. Caminó con paso firme hacia Freahlaf.

—Esta es la última vez que tocas a mi hermana —dijo con voz gélida—. Y también es la última vez que te sientas en ese trono. Vete ahora de Rohan, pues quedas desterrado de por vida, aunque dejarás a mi hermana en este lugar. Si vuelves a ser visto en los límites de mi reino, la sentencia de muerte será inmediata.

Freahlaf palideció. Al mirar a su alrededor, vio a guardias que obedecían a Thengel y a nobles que lo observaban con aprobación. Ninguno de ellos le daba su apoyo a él. Adoptó una voz melosa.

—Por favor, mi señor, os suplico que me permitáis ir a mis habitaciones para hacer el equipaje y poderme llevar todo cuando me pertenece al destierro.

—Partirás como yo lo hice —contestó Thengel—. Y nada te llevarás, puesto que nada de lo que hay aquí te pertenece. Todos los bienes que llamas tuyos los has robado a mi pueblo y a la corona. Pero, por gracia, te permitiré portar contigo lo que llevas puesto encima, a excepción de la corona y la cadena, que eran de mi padre, y los anillos de tus dedos, que fueron comprados con el dinero del tesoro y a él habrán de retornar.

Freahlaf volvió a enrojecer, pero se quitó la cadena, la corona y los anillos, que arrojó sin miramientos a los pies de Thengel. El rey se giró hacia la puerta.

—Haced pasar a mi esposa y a mis hijos, para que sean presentados ante la Corte como honrados miembros de la familia real.

Los guardias abrieron las puertas. Morwen entró primero, seguida por los dos niños, que iban de la mano de Arthold. Tendió la mano hacia Thengel y él, sonriente, fue a cogérsela, dejando a Freahlaf a sus espaldas. Fue entonces cuando el antiguo tesorero, despechado, sacó su daga del cinto con la rapidez de una serpiente y se abalanzó sobre el rey.

Thengel no pudo ver nada, pero Morwen sí lo hizo. Actuó por puro instinto, el instinto adquirido después de años de entrenamiento con el que ahora era su esposo. Apartó a Thengel de un empujón y se abalanzó a su vez sobre Freahlaf, logrando sujetarle la muñeca con la mano izquierda tras un breve forcejeo. Luego, extrajo su espada del cinto con la derecha, y con un rápido movimiento, la incrustó hasta la empuñadura en el pecho de Freahlaf. Thengel, que apenas se había dado cuenta de lo sucedido, sólo tuvo tiempo de girarse y ver al antiguo tesorero caer de rodillas atravesado por la espada de Morwen, que miraba a Freahlaf con un frío odio destellando en sus ojos, del mismo color del acero que aún empuñaba. Sacó la espada con un tirón seco, y el traidor se desplomó.

Thengel fue proclamado rey esa misma tarde, con el beneplácito de todos los nobles y el aplauso del pueblo. Todo el mundo había acabado por considerar tiránico el reinado de Fengel, quien había aumentado tanto los impuestos que no había dejado al pueblo recuperarse de la hambruna causada por la sequía y había indignado incluso a los nobles, que consideraban derrochadoras y abusivas sus medidas de arrebatar bienes al pueblo para convertirlos en oro acumulado en su tesoro privado. La economía de Rohan era ante todo agraria, y ya eran muchos los terratenientes de noble cuna que estaban viendo mermar la riqueza de sus haciendas y el número de sus campesinos por culpa de las elevadas tasas que les imponía el rey. Una de las primeras medidas de Thengel fue mandar fundir en lingotes la placa de oro del salón del trono y requisar buena parte de las riquezas que Fengel y su tesorero habían estado acumulando para devolverlo a aquellos que lo necesitaban. Los nobles recibieron capital para volver a hacer funcionar sus campos, y los criadores de caballos, los campesinos y artesanos recibieron comida, ropas, y pudieron volver a disponer de casas propias. Pronto, la región empezó a prosperar como lo había hecho en años, y Rohan se convirtió de nuevo en un país productivo con habitantes felices y bien alimentados.

Thengel también otorgó el perdón real a Halfrad, a Dwinhorf y a sus familias, así como a los descendientes de Ertahin y Deorwine. Erthlef, el hijo de Erthain, que no había tomado esposa tras su destierro, retornó a Edoras y desposó a Helfrid, que no había tenido hijos vivos de Freahlaf y rompió en lágrimas de alegría al verlo regresar.

En cuando a Morwen, se adaptó con facilidad a Edoras. En el fondo, su forma de ver el mundo tenía más en común con los rohirrim que con los gondorianos, y aunque nunca olvidó la belleza de Lossarnach, logró convertir el castillo de Meduseld en su hogar. Le dio dos hijas más a Thengel, Arhild y Theodwyn, y hasta que le llegó la vejez continuó portando espada y montando a caballo a diario junto con su esposo.

En cuanto a su pueblo, nunca olvidó el heroísmo de la reina el día de su llegada a Edoras, cuando le salvó la vida al rey. Su altura, sus cabellos negros y la clara mirada de sus ojos grises, unidos a su fama de mujer aguerrida, la convirtieron en una leyenda entre los rohirrim, que en honor a su belleza y sus hazañas la llamaron para siempre Morwen Resplandor de Acero.